

CAPÍTULO 1

Marta

Lo que más asusta a la hora de repasar todos los datos de la investigación del crimen de Marta del Castillo es la normalidad que imperaba en la vida de la víctima. A diario nos cruzamos con chicas de 17 años, que van a estudiar al instituto, salen con sus amigos, pasan tiempo con su familia, buscan politonos para sus teléfonos móviles, se firman las mochilas y viven por y para conectarse cada vez que pueden a las redes sociales de Internet a través de sus ordenadores: Tuenti, Facebook, Messenger... un nuevo sistema para relacionarse que muchos no entendemos o no queremos entender, pero que es tan real que supuso la piedra angular inicial para averiguar cuál había sido el destino final de Marta del Castillo. De hecho, en aquellos denodados esfuerzos por resolver el puzzle de la vida social de la víctima en Internet puede que se encuentre una de las pruebas definitivas para demostrar algo tan importante como el móvil de un asesinato. Lo verán.

A las pocas horas de perderse su rastro, Marta se había convertido en una desaparecida inquietante. Ese es el término policial para clasificar aquellas ausencias repentinas que tienen algo especial, o que precisamente no lo tienen porque la persona en paradero desconocido jamás se habría borrado del mapa de forma voluntaria. Después de conocer a Eva, su madre, a Antonio, su padre, a Javier, su tío, a José Antonio, su abuelo, después de haber visto su casa, su habitación, su entorno familiar y personal, llegué a la misma conclusión que los investigadores: «Marta no podía haberse marchado por voluntad propia».

A las dos de la madrugada del 25 de enero, Antonio presentaba una denuncia por la desaparición de su hija, y daba los detalles de las últimas horas conocidas de Marta.

Denuncia de desaparición de Marta del Castillo (25/01/2009)

Instructor: 91872

Atestado nº: 2451

Secretario: 0

-- En Sevilla, siendo las 2 horas 9 minutos del día 25 de Enero del año 2009, ante el Instructor y Secretario arriba mencionados.-----

-- **COMPARECE:** En calidad de DENUNCIANTE, quien mediante DNI nº _____, acredita ser ANTONIO ABAD DEL CASTILLO MARQUEZ, país de nacionalidad ESPAÑA, varón, nacido en SEVILLA, el día 21/06/1962, hijo de MIGUEL Y MANUELA, con domicilio en CALLE ARGANTONIO 3, _____, de SEVILLA, teléfono _____, y:-----

-- **MANIFIESTA:** Que comparece en este acto para denunciar la DESAPARICIÓN DE: MARTA DEL CASTILLO CASANUEVA, país de nacionalidad ESPAÑA, mujer, nacida en SEVILLA, el día 19/07/1991, hija de ANTONIO Y EVA MARIA, con domicilio en CALLE ARGANTONIO 3 _____, de SEVILLA, teléfono _____. Dicha desaparición se produjo a las 17:00 horas, del día 24/01/2009, en DOMICILIO PARTICULAR, CALLE ARGANTONIO, 3, de SEVILLA.-----

--Que los datos físicos de la persona desaparecida son: de 17 años de edad, 167 centímetros de estatura, complexión DELGADO O MUY DELGADO, CABELLO LARGO, CABELLO RUBIO, CARA ALARGADA, OJOS VERDES, PIEL BLANCA, _____, PIERCING EN OMBLIGO, vistiendo PANTALONES VAQUEROS Y CAZADORA DE PANA DE COLOR NEGRO.-----

-- --Que interpone la presente como padre de la desaparecida, para manifestar que en la tarde de las corrientes su hija _____, salió del domicilio en compañía de un amigo llamado Miguel Carcaño Delgado con número de teléfono _____.-----

--Que la desaparecida tenía que haber vuelto al domicilio sobre las 22:30 a las 23:00, pero que no lo ha realizado, ni se ha puesto en contacto con nadie para informar de su paradero.-----

--Que el dicente se ha puesto en contacto con varios de los amigos con los que pudiera estar su hija, respondiendo Miguel Carcaño, que él la había dejado en el Barrio sobre las 21:30, que también ha hablado con otro amigo llamado Samuel con teléfono de móvil _____ el cual le ha dicho que Miguel había dejado a Marta sobre las 00:00 horas en el Barrio, aportando también que un amigo que responde al nombre de Javi con teléfono _____ había estado con la desaparecida en esta tarde.-----

--Que preguntado por donde había estado durante la tarde, manifiesta que iba a estar en la Trianera y posteriormente en el Gran Poder.-----

--Que preguntado por si la desaparecida es reincidente manifiesta que NO.-----



¿Qué tenía de especial Marta? Nada, y todo. Una hija amante, una hermana mayor preocupada, una nieta cariñosa y una devota sevillana de las tradiciones de la Semana Santa. Por lo demás era como tod@s los demás. No, la arropa no es excéntrica. En este caso es más necesaria que nunca. Escarmentado de haber aprendido los nuevos límites de protección a los menores de edad, aquí sólo verán los nombres reales de las personas íntimamente relacionadas con la investigación, pero hay otros. Hay un nutrido grupo de chicos y chicas de los que voy a respetar sus datos bien porque no han trascendido, bien porque unir sus datos personales a los del caso Marta del Castillo sería una irresponsabilidad. Todos esos nombres, o al menos en su mayoría, pueden leerse en varios miles de páginas que forman parte del enorme sumario del caso, pero hay tres tomos en concreto que merecen una mención especial, por su dificultad a la hora de ser interpretados y por su importancia a la hora de descifrarlos. Son los volúmenes del sumario llenos de páginas de las conversaciones de Marta del Castillo con varios amigos a través del programa de conversación virtual Messenger.

Cuando me dispuse a leer todas esas conversaciones me pregunté si yo querría como padre conocer la intimidad de mi hijo a través de esas líneas en la pantalla del ordenador. Supongo que más de un padre está asintiendo ahora mismo: «Sí, por supuesto que quiero saber qué hace mi hijo en la Red». ¿Seguro? Aunque mis ojos son los de un periodista que, en teoría, lee de forma aséptica, casi como un forense practicándole la autopsia a un desconocido, he de confesar que leer esas líneas me turbó. Problemas con los estudios, peleas entre chiquillos al salir de clase, testosterona y estrógenos a raudales, canciones, poesías, comentarios intrascendentes, confesiones inconfesables, sinceras muestras de afecto y cariño entre amigos... ese es el universo adolescente que se vive a través de Internet, y ese fue el principal foco de investigación inicial en este caso. ¿Estaba el responsable de la desaparición de Marta entre sus contactos personales?, ¿era un amigo o uno de esos lobos que con piel de adolescente se introduce en las redes sociales buscando una nueva presa? Las conversaciones mantenidas por Marta los días anteriores a su desaparición y el mismo día 24 fueron la prioridad de los investigadores.

Pero estas redes no sirvieron sólo de pista. El caso Marta del Castillo supuso uno de los más bellos usos de la tecnología a la hora de ayudar de forma anónima y desinteresada, y tal vez por eso este caso es lo que es.

Pero volvamos al 24 de enero. Sábado, un día frío, una agenda llena en la vida de una adolescente que al día siguiente no tiene que madrugar. Marta tenía planes para aquella tarde, pero ni siquiera ella sabía cuáles exactamente. De eso se trata, ¿no?, de salir a la calle con el teléfono móvil en la mano y ver dónde se

va, con quién y a dónde, decidirlo sobre la marcha. Aquella rutina de improvisación comenzó cerca de las 5 de la tarde. Marta bajó a la calle para encontrarse con un amigo. De hecho, ya le había contado a su madre que tenía que verlo porque quería aclarar un par de cosas con él... La imagen fue tan familiar como la que se puede repetir a diario en cualquier portal de cualquier edificio. Ella salía radiante, preciosa. Él, a su modo, también se había vestido para la ocasión, y con una pose interiorizada que la convertía en un gesto natural, la esperaba sobre su moto. Antonio, el padre de Marta, enfilaba el camino al portal cuando reparó en la escena. Ahí estaba Miguel de nuevo. No le gustaba que su hija fuera con ese chaval, no soportaba la idea de que la montara en su moto, le parecía peligroso. La charla fue breve: «Vuelve pronto, no me gusta que vayas por ahí en moto, ten cuidado». Todas esas palabras recibieron una cariñosa mirada, un beso en la mejilla y un «no te preocupes». Antonio miró a su hija. Todavía no sabía que esa sería la última vez.

Miguel subió a Marta a su ciclomotor y circularon por Sevilla hasta llegar a un parque. Los mensajes y los «toques» (llamadas perdidas) marcaban el itinerario. Ya en uno de los parques cercanos al Guadalquivir, Marta y Miguel se encontraron con varios amigos. Entre ellos uno de los mejores amigos de él: Javi, lo apodaban el *Cuco* y así hablaré de él casi siempre. El chaval, de apenas 15 años no era un desconocido para Marta. Se conocían desde hacía unos meses e incluso podrían haber tenido algún tipo de relación tiempo atrás. Un par de besos, algún paseo de la mano, poca cosa, pero suficiente para haber entablado una relación de amistad.

En aquel encuentro en la calle, Miguel mantenía su pose, lucía palmito, fardaba de una elegancia totalmente ausente pero que a su juicio era el canon de belleza masculina que ahora manda. Seguro que les suena: el pelo engominado, mucho, con formas asimétricas, insuficiente para despistarse del blanco immaculado que imperaba en su ropa: pantalón vaquero blanco, chaleco, zapatillas im-polutas. Es curioso, ahora que conozco la escena gracias a los testigos la trato de visualizar y resulta entre triste y cómica. Mientras Marta hablaba con un par de amigos, Miguel y el *Cuco* charlaban de manera animada sobre las mejoras que el primero le había hecho a su moto. «Ahora corre más, ahora frena mejor, ahora es más guapa...» El *Cuco* miraba el pequeño trasto en el que circulaba Miguel con sincera admiración, resignado a llevar durante un año más la bicicleta sobre la que pedaleaba kilómetros y kilómetros por toda Sevilla para llegar a los lugares donde se reunían sus amigos.

Cuando había pasado menos de una hora, Marta empezó a despedirse. Quería ir a Triana y Miguel la convenció para llevarla él mismo, así que se despidieron del grupo y se marcharon hacia la parte vieja de Sevilla. De camino se cruzaron con un amigo de la joven y estuvieron charlando unos minutos. A Miguel

le disgustó especialmente esa charla, bueno, a ese pequeño machista, misógino y presunto asesino le molestaba que cualquiera de *sus* mujeres tuviera cualquier tipo de relación con otros chicos, fuera del tipo que fuera.

Dejando atrás a ese último encuentro casual, el destino de Marta del Castillo empezaba a nublarse. Pasaban las siete y media de la tarde y la adolescente se perdía entre el tráfico cogida de la cintura de la última persona que la vería con vida.

En algún momento del trayecto Miguel convenció a Marta para que lo acompañara a su casa. Nadie más que el propio Miguel sabe a ciencia cierta cómo lo hizo. Tal vez le dijo que podían pasar para que ella recogiera unos discos que le había prestado tiempo atrás, o quizá le sugirió un entorno más tranquilo y privado para hablar de aquello que le había advertido a su madre... sea como fuere Marta del Castillo entró en el número 78 de la calle León XIII antes de las ocho de la tarde. A las ocho y dos minutos nadie contestaba las llamadas que iban llegando, y cada minuto más, a su teléfono móvil.